

# CAT. © RELATO (157)

¡HAZ EL ESFUERZO!

- Estaba desnuda, papá, ¿te lo puedes creer? Completamente desnuda frente a todas aquellas personas que no dejaban de mirarme.

- No lo quiero creer y tampoco pensar en ello, Ana...

Qué situación tan desagradable... Mi hija, mi pequeña, despojada de sus ropas frente a sus compañeros, sus profesores, cientos de familias... Qué horror.

- ¡Sólo ha sido un sueño! Si hubiese sabido que te vas a poner así no te lo cuento... ¿Acaso tú no sueñas?

- Sí hija, claro que sí, pero no con esa intensidad...

- Entonces cuéntame, por ejemplo, el último que hayas tenido.

Mi último sueño, mi último sueño... ¿Cuál era? En aquel instante no conseguía recordar.

- ¿No ibas a salir?

- Sí, después de que me cuentes qué sucedió la última vez que soñaste.

- No lo tengo claro ahora mismo, Ana.

- ¡Haz el esfuerzo!

Repitió aquella frase tres veces antes de convencerla para que se marchase. Era incapaz de recordar cuál fue la última vez que soñó. Siempre me he caracterizado por tener una memoria bastante buena, ¿por qué no conseguía acordarme? Lograba traer a mi mente sueños que había tenido desde bien pequeño, todos y cada uno de ellos bastante desagradables, sopores siempre repletos de seres mitológicos propios de la tierra en la que vivo que me decían que huyese a pie. Siempre a pie. Sin correr, sin utilizar vehículos. De aquel animal tan grande y metálico como inexistente había de huir a pie. Podía recordar que tenía seis años cuando aquellos sueños me asaltaban y ahora, cuarenta y dos después, era incapaz de traer al presente la última vez que mi subconsciente se manifestó. ¡Haz el esfuerzo! Decía constantemente mi hija.

- ¿Has conseguido recordarlo, papá?

- No.

- ¿Sabes qué he soñado esta noche? Me perdía en el desierto y encontraba a la abuela, ¿te acuerdas de la abuela Beatriz? Allí estaba, con el gorro de lana en mitad del arenal.

La imagen de mi suegra a cincuenta grados tan abrigada como siempre solía hallarse me resultó de lo más cómica. Oí un pitido entonces que no procedía de ningún sitio. Los malditos resoplidos procedentes de algún tipo de esas modernas ondas como el wifi o el móvil iban a ser el maldito cáncer del siglo XXI, estaba seguro.

- ¡Cuéntame tu último sueño, papá!

- Ana, te he dicho que no lo recuerdo.

- ¡Haz el esfuerzo!

Lo hice, sabe Dios que lo hice, pero era incapaz. Mi hija, a la que parecía divertir todo aquel asunto, decidió contarme diariamente cuáles eran sus quimeras. Sin darme cuenta aprendí a conocerla mejor con ello e, igualmente sin ser consciente, comencé a obsesionarme. No conseguía recordar por una razón bien sencilla: yo no soñaba, hacía años y años que no lo hacía. De hecho, haciendo un esfuerzo sobrehumano, conseguía datar mi última quimera nocturna allá por los treinta y siete años si la memoria no me jugaba malas pasadas. Once años. Once eran las primaveras desde la última vez en la que mi mente se manifestó mientras dormía.

Lo cierto es que, si no hubiese sido por Ana, ni siquiera hubiera reparado en el hecho. ¿Cómo podía hacer tantísimo tiempo que no soñaba y no haberme percatado de ello? Leí en un gran libro que aquello no era sano. Decía algo así como que la mente necesita un lugar en el que volcar todo lo subjetivo y absurdo que la asola y lo hacía a través de los sueños; no soñar era uno de los síntomas de estar enloqueciendo. Además, comprendí que envidiaba lo que mi hija contaba. Gracias a ella recordé lo maravilloso de soñar: cómo uno puede reencontrarse con sus seres queridos, hacer el ridículo sin avergonzarse... En definitiva, ser libre, en los sueños uno es libre y yo quería volver a serlo. En aquel instante era preso de la vigilia.

Debía dormir, estaba claro. Para lograr mi objetivo el primer medio a poner era el descanso. Sin embargo, no lo conseguía. Apagaba todas las luces, tomaba una ducha de lo más relajante, un tazón de leche muy caliente... Velas, hasta de velas llegué a inundar mi habitación para crear un ambiente mágico y propicio para el sueño. Pero no lo conseguía.

- ¡Haz el esfuerzo, papá!

- Hija mía, no lo consigo, no puedo.

- Papá, necesitas afeitarte, déjame que te ayude.

- Ana, quiero soñar, ¡necesito creer!

- ¡Haz el esfuerzo, papá!

Leí en otro gran libro que siempre soñamos, pero en algunas ocasiones no conseguíamos recordarlo. Sí, había de ser eso. Por fuerza. No recordaba lo que soñaba. Bien, en ese caso habría de dormir con una libreta a mi lado y con el despertador cada media hora, así, en cuanto llegase el desvelo, lo recordaría por lo reciente del hecho y podría apuntarlo para descubrirlo posteriormente. No logré rellenar ni tan siquiera la primera línea de la primera página que seguía a mi propia letra *diario de sueños*.

- Esta noche ha sido genial, papá, ¡no lo vas a creer! Me publicaban una novela, papá, me la publicaban por fin y me hacía escritora; la gente compraba mis libros, ¡quería que se los firmase!

Otro maldito pitido que no procedía de ninguna parte. Habíamos de eliminar como fuese aquellas ondas, el mundo iba a terminar en una hecatombe zombi, ¿o es que nadie más lo escuchaba?

- ¡Qué bonito hija! Seguro que algún día se hará realidad.

- ¿Y tú?

- Sigo sin recordarlo, Ana.

- ¡Haz el esfuerzo, papá!

- ¡Ana! ¡Ana, soy incapaz! ¡No lo consigo, estoy enloqueciendo!

- Vamos, tranquilo, tranquilo. Necesitas ducharte, déjame que te ayude.

La ansiedad me consumía por dentro como si se tratase de un parásito intestinal que devora todo lo que haya en su camino. La obsesión no me dejaba vivir, era insoportable, me dolía el cuerpo, me costaba respirar, necesitaba soñar a toda costa, era una cuestión personal. ¿Y si moría sin volver a hacerlo? ¿Y si ese era mi final? Mi infierno. Vivir atrapado en una eterna vigilia en la que no había espacio para lo sobrenatural, lo insensato, el reencuentro, la magia. Vigilia. Vigilia era mi epitafio.

Decidí ir a un médico. Aquello no podía continuar de aquella manera o terminaría enloqueciendo hasta el punto de ver en la realidad aquello que se suponía debía ver en sueños y dándolo por válido sin cuestionarlo.

- Doctor Freud, no puedo seguir viviendo así.

- Adolfo, los sueños son la vía regia al inconsciente, esto es bastante delicado; pero no se preocupe, por favor, intente estar tranquilo ante todo. Cada noche, antes de acostarse, piense *voy a tener sueños. Hoy voy a soñar.*

- No doctor Freud, créame que no sirve, ya he probado con todo. – Lloraba, lloraba como un niño pequeño que necesita los brazos de su madre, tal era mi desesperación. – No sirve de nada.

No comprendí muy bien lo que aquel joven doctor acabó de decirme sobre destapar emociones y recuerdos enterrados y los deseos reprimidos. Quizás debí haber buscado uno mayor que él.

- Ana, siéntate, por favor.

- ¿Has conseguido soñar?

- No, hija, no.

- ¡Haz el esfuerzo, papá!

- Ana, escucha, por favor. He tomado una decisión. Voy a inducirme un sueño perpetuo. He valorado todas las opciones y es la única que tengo: sólo de esa forma podré soñar.

- ¿A qué te refieres con *un sueño perpetuo*?

- Me refiero, hija mía, a que voy a morir.

- ¿Qué? ¡No! ¡No, papá, no! ¡No! ¡Haz el esfuerzo! ¡Haz el esfuerzo, papá, por favor! ¡Te lo suplico papá, haz el esfuerzo!

- Es imposible, Ana.

- Haz el esfuerzo, papá, hazlo, por favor. Hazlo por mí, hazlo por todos los que te queremos, ¡haz el esfuerzo papá, por favor!

Mi hija lloraba desconsolada, pero yo había tomado una decisión irrevocable. Necesitaba soñar y, a todas luces, aquella era la única manera; yo no tenía opciones.

- Haz el esfuerzo, papá.

Me dispuse a hacerme con un bonito traje que me acompañase durante la eternidad.

- Haz el esfuerzo, papá.

Pino. Siempre he adorado la madera de pino. Qué maravilloso olor... y ¡qué buen humor tenía! ¡Al fin iba a soñar!

- Haz el esfuerzo, papá.

Sin llantos, no quería una sola lágrima, al fin y al cabo, ¡iba a ser el instante más delicioso de mi existencia!

- Haz el esfuerzo, papá.

Por fin llegó el día y me recosté dulcemente para abrazar la inmortalidad del sueño. Qué placer, qué placer tan extremo... Qué agradable la sensación que me invadía, me hacía caer, y caer, como si al soltar el aire mi cuerpo se encogiese para después estirarse siempre hacia abajo, hacia un abismo divino y etéreo en el que poder soñar. Y al fin... Al fin estaba soñando. Un sueño un tanto extraño en el que me encontraba en una habitación de hospital conectado a muchas máquinas, pero aquello era lo maravilloso de los sueños, lo incoherente de los mismos.

- ¿Papá? ¡Papá! ¡Papá, has despertado!

Mi pequeña hija Ana se encontraba allí, en mi sueño, pero qué curioso lo disparatado de estos que ya no era una niña si no una mujer.

- Hola hija.

- ¡Papá! ¡Papá! Papá ¿recuerdas algo? ¡Llevas once años en coma tras un accidente de tráfico!

Qué bonito lo irracional de los sueños... En coma durante once años, decía mi dulce niña.

- ¡Oh papá! ¡Has hecho el esfuerzo! ¡Sabía que lo conseguirías!

Mi pequeña niña... No se atrevía a tocarme según ella por las máquinas... Pero es lo que tienen los sueños... Son tan hermosos como irracionales.